

Las diferentes culturas y las culturas de la diferencia

Xabier Lizarraga*

Resumen: desde la antropología del comportamiento, las culturas de la diferencia (v.g. la banda y los gays) son, como todas las culturas, una respuesta plural derivada de una perspectiva experiencial y de los imperativos comportamentales de inquisitividad, territorialidad, agresividad y sexualidad; así como de los imperativos fisiológicos. En ese sentido, aunque las queramos ver como expresiones limítrofes, como excepciones, o como desvíos de lo que llamamos la cultura de una sociedad, las diversas culturas de la diferencia son reales culturas incrustadas; son manifestaciones grupales que emergen de otra forma de mirar, de otras perspectivas y, por tanto, generan dinámicas de lucha por la sobrevivencia. Construyendo una identidad y generando los marcos de referencia y las dinámicas sociales que les son necesarias, los diversos grupos de una sociedad intentan acceder a una visibilidad y una presencia.

Abstract: from the Anthropology of Behavior's point of view, the cultures of difference (per instance, «the gang» and «the gays» are, as any other culture, a plural response derived from a life experience perspective. Behavior imperatives of inquisitiveness, territoriality, aggressiveness, and sexuality, as well as physiological imperatives are involved on these cultures. Therefore, even if we see these cultures like expressions of clearly cut boundaries, as exceptions, or «deviations» of the culture of a society, there are real cultures merged within it. These cultures are group manifestations of other ways of looking at society, other perspectives capable of generating survival dynamics. These cultures have the power to build up identities, shaping life reference frameworks and the social dynamics they need. The above is because these groups have the need to struggle to be visible and to have a place in the overall society.

*Al confesar nuestra subjetividad,
nuestras debilidades e incertidumbres,
sabemos que nos hallamos más cerca de la objetividad
que quienes creen que sus palabras
reflejan el orden de las cosas*
Edgar Morin

De las posibilidades de abordaje

Los antropólogos vemos al *Homo sapiens* como una especie animal politípica y polimórfica. ¿Pero qué queremos decir con eso? En pocas palabras, que los seres humanos constituimos un universo de diversidad en expansión. Por

* DAF-INAH

más que reconozcamos semejanzas y similitudes, las diferencias observables en el seno de nuestra especie son tantas, que constituimos un ilimitado mosaico de variabilidad. No obstante, tal diversidad no se limita al ámbito de lo biológico,¹ innumerables diferencias se inscriben en el ámbito del comportamiento y, consecuentemente, pertenecen al campo de la expresividad psicoafectiva y de las manifestaciones socio culturales.

Biología, psicología, sociedad y cultura son los cuatro puntos cardinales en los que se da el fenómeno y el movimiento humanos, durante los procesos de hominización y de humanización (filogenia e historia).

El *Homo sapiens* brota del orden de los primates como un fenómeno caracterizado por la expansión y la desmesura: como el mismo universo, somos finitos pero ilimitados. La biología no consigue contenernos; pero tampoco la sociología o la psicología pueden contener a la especie. Cualquier disciplina científica sólo alcanza a contemplar al fenómeno en fragmentos; y por más que los antropólogos nos digamos estudiosos del fenómeno humano, sólo conseguimos estudiar algunas de sus dinámicas, auxiliándonos de las tentativas de explicación de otros especialistas... aunque tales explicaciones con frecuencia lleguen a entrar en contradicción.

Quien esté libre de parcialidad y de incertidumbres, que arroje la primera teoría; la realidad, tarde que temprano, se hará cargo de erosionarla.

De la diversidad del primate hegemónico

El animal humano emerge, evolutiva e históricamente, como un primate con capacidad de transformarse a sí mismo y de recrear y significar su contorno. El primate humano es capaz de generar su propio contexto (ambiente físico y sociocultural), en virtud del grado de complejidad evolutiva que le permite no sólo fabricar instrumentos e instituciones, sino también modificarlos (revolucionarlos) con base en un acopio de experiencias. Por lo mismo, en su lucha por sobrevivir el animal humano produce órdenes, desórdenes y reorganizaciones.²

La lógica de la vida humana es una lógica caracterizada por el despilfarro y la desmesura; de ahí que el ocio, el juego, la experimentación y la

¹ Colores de piel, pelo y ojos, tipos sanguíneos, estaturas, dermatoglifos, capacidades pulmonares, susceptibilidades a alimentos y a climas, distribución de tejido graso o desarrollo muscular.

² Inspirándonos en George Devereux, «De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento», Siglo XXI editores, México 1977 y en Jean-Pierre Changeux, «El hombre neuronal», Espasa Calpe, Madrid, España 1985, podríamos decir que el *Homo sapiens* se construye a sí mismo, desliziándose de la ansiedad al método, como un primate neuronal y neurótico.

contemplación, así como las nostalgias y las fantasías, consuman tanto o más tiempo y energía que las meras actividades centradas en la sobrevivencia o la inmediatez.

Si en algo resulta económica la vida del animal humano es gracias a esa capacidad de reutilizar más de una vez el producto de un trabajo y la posibilidad de recrear dicho producto, dejando huella de un pasado y abriendo rutas de acceso hacia el futuro. Comportamentalmente el ser humano (en tanto que libre del rigor de los instintos) es un animal que desborda la inmediatez: consigue extraer de su transcurrir en el tiempo, elementos para la sobrevivencia y para el disfrute, inventa los recuerdos y la planificación

La capacidad del *Homo sapiens* para hacer instrumentos y la posibilidad de reutilizarlos repetidas veces (gracias a su memoria consciente y al manejo conceptual de la temporalidad) no es, sin embargo, suficiente para explicar su desbordado éxito como especie animal.³

Lo que sin duda supuso un fortalecimiento fue su capacidad de organizarse en grupos más o menos estables; generando dinámicas sociales que permiten conjuntar capacidades y multiplicar las posibilidades de sobrevivencia. No obstante, tampoco esto fue suficiente para acceder a una supremacía y una hegemonía como especie; otras muchas especies se organizan en grupos jerarquizados y sus individuos se especializan en roles.⁴ La posibilidad de explosión demográfica y geográfica de la especie humana radica en su plasticidad, en su variabilidad y maleabilidad tanto biológica como sociocultural y, por ende, psicológica. Del mismo modo como no hay dos personas idénticas (ni siendo gemelos uniovulares), tampoco hay dos sociedades iguales.

A través de la organización social y la diversidad cultural, el animal humano crea un ilimitado número de extensiones de sus recursos y de sí mismo. El *Homo sapiens* es, por tanto, un primate especializado en la creación de cultura, cubre de pasiones y significados su organización social; de ahí que no sólo sea capaz de crear un orden, sino de revolucionarlo e incluso subvertirlo.

Hablar en singular de la cultura humana no es más que una simplificación operativa, que mueve a equivocadas y peligrosas generalizaciones: las singularizaciones y las generalizaciones son la materia prima de los estereotipos, los prejuicios y los dogmas.

³ Sólo con eso el animal humano no hubiera podido expandirse, poblar los muy distintos paisajes del planeta y ejercer sobre la biosfera una influencia decisiva (para bien o para mal).

⁴ Abejas, hormigas, lobos, caballos, elefantes, babuinos y delfines, entre otros.

El primate humano utiliza mucha de su energía en generar unidades discretas y semejanzas, y gasta otro tanto en producir diferencias, dando lugar a comparaciones y confrontaciones: aproximaciones y distanciamientos entre los individuos. La misma dispersión geográfica que ha conseguido sólo puede explicarse por las muy diversas formas con que es capaz de mirar, interpretar y adecuarse a la temporalidad y al gran espectro ambiental.

Las muchas y considerables fragilidades que como especie tiene el primate humano, son subsanadas por la ilimitada capacidad de generar no sólo estrategias de sobrevivencia, sino estilos de vida. Estilos de vida que permiten satisfacer las más variadas necesidades, creando perspectivas, miradas y formas de asimilar, interpretar y significar el contorno, la realidad inmediata.

De la estereotipia como error académico

En la medida en que el animal humano también es producto de su propia turbulencia, todo intento de restringirlo a fórmulas, normas o estereotipos sólo puede derivar en reducciones y provocar amputaciones o, en el mejor de los casos, engañosas apariencias. Las realidades humanas son producto de mixturas; y la antropología, la psiquiatría y la psicología pueden (o debieran) dar cuenta de ello.

Sin embargo, con suma facilidad y no poca irresponsabilidad creamos nociones y categorías que resultan útiles desde una determinada perspectiva, pero que son necesariamente estrechas e inoperantes en numerosos casos,⁵ por ser incapaces de contener la diversidad humana. Tal es el caso, por ejemplo, de los conceptos «salud» y «enfermedad», que con frecuencia sólo se atienen a una visión sesgada de la realidad; por lo que al generalizarse produce ambigüedades y oquedades semánticas.

De una manera muy general, y por lo mismo irreal, se ha llegado a concebir la «enfermedad» como un conjunto de alteraciones, signos y síntomas que perturban el equilibrio fisiológico y/o mental del individuo, o bien como ausencia de salud; y «salud» como un estado de equilibrio y bienestar biopsicosocial. Pero ¿qué significan realmente tales enunciados? También el enamoramiento, la maternidad, el fervor religioso, el jugar y el cambiar de trabajo o de lugar de residencia, alteran el estado fisiológico y mental de los individuos, provocando no pocos signos y síntomas: excitación, nerviosismo, incertidumbre, sudoración, aceleración del ritmo cardiaco, confusión, dilatación de las pupilas, hiperproducción de endorfinas, etcétera.

⁵ Muchas veces llegamos a caracterizar la psicología humana (v.g. la sexualidad femenina o infantil), sin darnos cuenta de que ello implica a toda la especie (en el pasado y en el presente) y que nuestros datos están muy lejos de contemplar tanta diversidad.

Resulta inquietante que, si la salud es eso que así concebimos, no podamos jamás alcanzar tal estado... ¿o es que sólo se trata de una utopía tan deseable e inalcanzable como pueden serlo la inmortalidad y la divinidad?

Si persistimos en tales concepciones, sin flexibilidad, tendremos que admitir que, más allá de virus, bacterias y demás, las mismas sociedades y sus instituciones son los principales y más activos agentes patógenos... enferman a aquellos que, por la razón que fuere, no encuentran en ella total acomodo. En consecuencia, las sociedades serán totalmente incapaces de solucionar los problemas de salud, en la medida en que sus mismas instituciones se contraponen a la diversidad propia de la especie, generando desequilibrios y malestares a la gran mayoría (si no es que a la totalidad) de sus individuos.

Para la antropología, tanto la salud como la enfermedad son finalmente espacios virtuales, dependientes de la interpretación y del uso; sus significados y consecuencias hunden sus raíces en la concepción que los grupos hacen de las alteraciones, de los signos y de los síntomas. Así, por ejemplo, mientras que para nosotros la epilepsia es un trastorno explicable (y quizás hasta tratable), para no pocos grupos humanos es un don, una fuerza inaprehensible, una vía de comunicación con espíritus y divinidades... Recordemos, sin salirnos de nuestro propio contexto histórico judeocristiano, a Juana de Arco, a quien hoy, más que elevarla a los altares y venerarla, se le diagnosticaría epilepsia del lóbulo temporal.

En cada grupo humano (y tiempo histórico) las cosas adquieren valor y significado en la medida en que atemorizan o protegen, ayudan a vivir o amenazan la existencia o los marcos referenciales de los individuos.

Asimismo, cada sociedad (en un momento histórico) establece parámetros y premisas sólo útiles para esa misma sociedad; por lo que todo etnocentrismo (como cualquier otro *centrismo*) no es más que una obsesión; reflejo de una actitud miope y prepotente. Los centrismos, cualesquiera que sean, ponen de manifiesto la fragilidad, la parcialidad y la temporalidad inherentes a todo orden social.

De las culturas como extensiones polimorfas

La familiaridad con que vemos y tratamos las cosas, y la forma en que nos relacionamos unos con otros, con frecuencia nos mueve a calificar y valorar (por lo general, desaprobando) a aquéllos que conciben de otra forma la realidad y, en consecuencia, actúan y se relacionan entre sí y con su contexto de manera diferente a la que se ha impuesto como norma, como

costumbre o como moda: las modalidades culturales hegemónicas. No es de extrañar, por tanto, que como recurso concibamos anormalidades, ilicitudes y no pocas patologías, con base en un orden sociocultural que a nuestros ojos es el correcto... sólo porque estamos adaptados, integrados o mimetizados con él.

Todos somos, en mayor o menor medida, generadores y defensores de verdades temporales, más que concededores de la realidad; por lo que, aquello que nos es extraño, nos inquieta o altera nuestro orden, intentamos constreñirlo a un espacio marginal, sea una noción moral, legal o médica, o un ámbito de aislamiento físico: *ghetto*, cárcel u hospital. Inútiles, pero dolorosas intenciones de exterminio de las diferencias, disfrazadas de buenas intenciones, a través de nociones tales como «readaptación» y «reintegración» a la sociedad.

¿Pretendemos integrar o adaptar a un orden establecido que no proporciona los referentes, los medios ni los espacios requeridos por aquellos que subvierten el mismo orden establecido? Tal pretensión es tan absurda como querer adaptar una etnia esquimal a la selva húmeda tropical de los lacandones o integrar a los residentes de Broadway, Nueva York, a la forma de vida de los huicholes.

Querámoslo o no reconocer, la propia diversidad del *Homo sapiens* determina que, en el seno de una misma sociedad, surjan grupos que contemplan la realidad desde otras perspectivas, y que por lo mismo, requieren de modelos y satisfactores para sus necesidades, que el orden social hegemónico no ofrece. Consecuentemente, tales grupos (o sectores poblacionales) generan expresiones culturales diferentes. Culturas muchas veces clandestinas, pero que terminan por incidir en el conjunto de las dinámicas sociales avaladas por un sistema: las culturas de la diferencia también provocan cambios y movimientos al interior de las culturas hegemónicas.

Tal es, por sólo mencionar dos ejemplos, el caso de los chavos banda y de los *gays*. Dos ejemplos que, en un contexto social como el nuestro (solemne, clasista y homóforo), producen ansiedad, inquietud y reacciones más pasionales que racionales.

Dichos grupos, a diferencia de la masa adaptada o integrada a la cultura oficial, no se reproducen a sí mismos biológicamente, sino a través de descubrimientos, encuentros, aventuras y la construcción de identidades y de propuestas alternativas de vida, de sobrevivencia, así como de comunicación. Por lo mismo, la existencia de tales sectores poblacionales está totalmente fuera del control de los dispositivos de poder y de los llamados aparatos ideológicos de Estado.

Desde una perspectiva, a la vez ingenua y tendenciosa, solemos considerarlos desadaptados; pero en realidad sólo se desadapta aquel que estuvo previamente adaptado... lo que no ocurre automáticamente por el hecho de nacer en una sociedad determinada o en un núcleo familiar. Lllamarlos inadaptados es un poco más preciso (pese a sus connotaciones afectivas); pero faltaría agregar (y subrayar) que el conjunto social es un conglomerado de concepciones, normas e instituciones inadaptadas a la diversidad. Ningún marco social hegemónico nos prepara para convivir con lo diferente, y mucho menos para llegar a conocer y comprender sus dinámicas.

Tanto los chavos banda como los gays (y otra serie de grupos y sectores poblacionales) se reproducen reconociendo semejanzas y asimilando sus diferencias, elaborando estrategias y consolidando alianzas. Consecuentemente, no dependen de las más elementales instituciones de la sociedad; por lo que terminan no sólo subvirtiéndola y cuestionándola, sino evidenciando sus debilidades y contradicciones.

Al hacerse visibles (socialmente presentes y activos), dichos grupos debilitan premisas hegemónicas y desenmascaran el simplismo pragmático de los estereotipos sociales. Como respuesta, el sistema dominante intenta a su vez inventarles una imagen sin matices, unidimensional (generalizable), con lo que se acentúa una incomunicación y un desconocimiento intrasociales. Al reducir las realidades plurales de tales grupos a estereotipos, los grupos se vuelven inaprehensibles, tornándose escurridizos y amenazantes.

No hay manera de llegar a una comunicación, y mucho menos a acuerdos entre grupos, cuando por lo menos uno de ellos (aunque sea mayoritario) cree saber cómo es el otro grupo, y en realidad desconoce sus complejidades. La ilusión de saber es más debilitante que el reconocimiento de la ignorancia, porque mueve a conclusiones, propuestas y decisiones inoperantes.

Ahora bien, en el seno de una sociedad en la que se tiende a estereotipar lo que es polimorfo, las mismas estrategias de control se estereotipan también y terminan por reducir cada vez más su efectividad, al tiempo que los grupos subversivos se fortalecen.

Las estereotipantes socialización y culturización oficiales que experimentamos desde la infancia (vía la familia, la escuela, los medios de comunicación masiva e incluso la Iglesia), nos mueven a calificar y tratar las realidades de dichos grupos, no sólo como desórdenes en sí mismos sino como generadoras de desorden (v.g. la noción de «desorden objetivo» (sic) con que califica Pro-vida a la homosexualidad).

No únicamente nos volvemos socialmente ciegos, sino también incapaces de reconocer que, tanto los chavos banda como los gays, son sectores poblacionales generadores de culturas propias, matizadas y versátiles: auténticas culturas de la adecuación. Menos aún queremos o llegamos a reconocer la incidencia de sus culturas en el amasijo de concepciones, significados y dinámicas del contexto sociocultural en que nos movemos. Sin duda, requiere menor esfuerzo devaluarlos y promover mecanismos de aparente control (v.g. leyes, operativos policíacos y terapias) y/o estrategias de aislamiento. No obstante, con ello sólo se consigue incrementar (como ya he apuntado) las distancias y los conflictos en el seno de una sociedad que, finalmente, está constituida por innumerables minorías: amas de casa, sacerdotes, científicos, artistas, oficinistas, policías, indígenas, soldados, prostitutas, funcionarios, estudiantes, extranjeros, niños, etcétera.

El concepto población general, que suele oponerse a los grupos que, por la razón que fuere, subvierten o alteran el orden oficial, no es más que una ilusión (cuando no una estrategia prepotente). La población general de una sociedad no es otra que toda la población. En la medida en que la diversidad es inherente a la especie humana, los diferentes somos todos. El modelo social prototípico no existe; el arquetipo normal, sano y plenamente integrado y adaptado al orden social todo, es un ente imaginario que se presupone, a partir de las características ideales que requiere un discurso y un ejercicio del poder.

Independientemente de las causas que dan origen a los chavos banda y a los homosexuales (sobre lo que podríamos debatir largamente), son dos sectores poblacionales diferentes entre sí y traslapados con otros muchos grupos, que al acceder a una identidad y al demandar (pública o clandestinamente) una serie de satisfactores, necesitan generar un lenguaje (verbal, iconográfico y corporal) y toda una cultura, que implica demarcaciones y defensas territoriales, ceremonias de iniciación y medios de comunicación, modelos y marcos referenciales, humor y duelos, premisas y sistemas de alianza y linaje (estos últimos, con frecuencia semejantes a sistemas de parentesco).

Una cultura de la diferencia es, como todas las culturas lo son, una respuesta plural derivada de una perspectiva experiencial y de los imperativos comportamentales de inquisitividad, territorialidad, agresividad y sexualidad; así como de los imperativos fisiológicos.

Sin embargo, por el desconocimiento que tenemos, con no poca soberbia calificamos de aberrantes, patológicas, pecaminosas, inmorales y/o

delictivas tales creaciones culturales. En el mejor de los casos, las llamamos subculturas o culturas alternativas.

¿Por qué subculturas o culturas alternativas?

Probablemente porque las imaginamos subterráneas (cuando no inferiores), o bien paralelas, sin conexión y en sustitución de la cultura hegemónica, la oficial. Un análisis más sereno y riguroso evidencia que dichas culturas no sólo están en la superficie como la propia cultura hegemónica, sino también ésta termina por contenerlas en parte; no hay sustitución, sino flujo... pensemos, por ejemplo, en cómo han sido asimilados e integrados el jazz, las variadas formas de expresión literaria (incluyendo los *graffitti*), los pasos de baile, los juegos de carnaval o algunas expresiones idiolectales (v.g. caló y jergas especializadas).

Un análisis un poco más profundo nos permite descubrir que no sólo cada sector poblacional termina por generar una cultura más o menos compleja, sino que todo individuo transita y se expresa a través de diversas formas culturales.

Las culturas hegemónicas (pese a su cuestionable aval de respetabilidad) no son más que el producto de una mixtura de perspectivas culturales diferentes. Lo que llamamos la cultura de una sociedad (así, en abstracto), de la que se vale un sector y un discurso para imponer un orden y un control, contiene un amplísimo conjunto de rasgos de las culturas de la diferencia. Cada uno de nosotros asimila, por ende, gestaciones culturales de grupos con los que creemos no estar en verdadero contacto. Si nos tomáramos la molestia de analizarnos y comprender las culturas de la diferencia, quedaríamos muy sorprendidos al descubrir cuánto de lo que hacemos, decimos, disfrutamos y consideramos tan familiar y tan nuestro, fue generado por esas culturas que, *a priori*, despreciamos y/o desearíamos eliminar.

Ahora bien, la generación de conflictos intergrupales (entre la cultura oficial u oficiosa y las culturas de la diferencia) muchas veces se debe a la incompatibilidad en el uso de los tiempos, los espacios y los recursos; pero en otra gran medida, el sustrato de tales conflictos es la incomunicación, a partir de un mutuo o unilateral desconocimiento. Sin embargo, cabe señalar que quien se asume diferente conoce más los recovecos de una cultura oficial, que lo que ésta lo conoce a él, ya que no sólo convive continuamente con todas las instituciones que la consolidan, sino que también experimenta en carne propia las estrategias que éstas generan y que fre-

cuentemente sirven para reprimirlo. Cuanto más sólidas y presentes son las instituciones, más fácilmente se les conoce y pueden idearse estrategias para evadirlas o subvertirlas.

Toda norma o institución que orilla a un sector de la población a la clandestinidad (con amenazas y condenas morales, legales y/o médicas), termina por generar, en uno y otro sentido, respuestas de rechazo que se tornan obsesivas (fóbicas), fortaleciendo las mutuas desconfianzas: el chavo banda desconfía del que no lo es, y éste de aquel, del mismo modo que los heterosexuales y los homosexuales desconfían unos de otros.⁶

Los individuos, cuando no encuentran satisfactores y referentes en su medio manifiestan actitudes (léase: opiniones y conductas) de desaprobación y descrédito: el imperativo comportamental de agresividad tiene, finalmente, al miedo como catalizador.

A modo de resumen

Aunque las queramos ver como expresiones limítrofes, como excepciones o como desvíos de lo que llamamos la cultura de una sociedad, las diversas culturas de la diferencia son reales culturas incrustadas; son manifestaciones grupales que emergen de otra forma de mirar, de otras perspectivas y, por tanto, generan dinámicas de lucha por la sobrevivencia. Construyéndose una identidad y generando los marcos de referencia y las dinámicas sociales que les son necesarias, los diversos grupos de una sociedad intentan acceder a una visibilidad y una presencia.

Quizás la más sorprendente característica del ser humano sea su capacidad de crear, a partir de sus inquietudes, de sus pasiones y de las adversidades del medio, innumerables y plásticas formas de adecuación y adaptación. Consecuentemente, las culturas de la diferencia, antes que significarse como generadoras de conflicto en el seno de una sociedad, se significan como modalidades de sobrevivencia, como estilos de vida.

A diferencia de otros animales, el primate humano aprovecha las experiencias de su ayer para adecuar el ejercicio de su hoy, planeando en alguna medida su mañana. Por lo mismo, las diferentes culturas, incluyendo a las culturas de la diferencia, son en primera y última instancia mecanismos para la permanencia y la trascendencia.

⁶ Los azarosos y constantes encuentros entre los participantes de dos o más culturas determinan coincidencias fóbicas y rechazos (v.g. clasismos, misoginias, homofobias y racismos).